

que ha reincorporado la verdad en la razon humana, producido la civilizacion con la moral, dado costumbres á los pueblos y ganado el mundo para la virtud.”

“¿Cómo explicar este fenómeno tan antiguo, tan universal y tan constante, tan múltiplo, que se reproduce bajo todas las formas sociales, sin alterar su propia forma, tan céntrico, que reconcentra en un solo punto de unidad todas las inteligencias, todos los caracteres y todas las costumbres; este fenómeno tan manifesto en el genio y en el talento de los mas insignes escritores, como en la inteligencia del vulgo, y en la rusticidad sencilla de los que ocupan los últimos grados en la escala social? ¿Cómo es, que una palabra sola pronunciada quince siglos ha en el concilio de Nicea, hizo inclinar al universo todo ante el dogma sublime de la unidad de Dios? ¿Por qué incomprendible magia pudo reconcentrarse en un símbolo cuanto habia de cierto cuarenta siglos atrás, y cuanto la verdad podia descubrir por todos los siglos subsecuentes en el orden dogmático, filosófico y moral? ¿A quién es debida la gloria de haber dado una solucion tan sublime y tan incontestable al mismo tiempo á un proyecto que la experiencia antigua presentaba como imposible, el de someter el universo todo á la unánime profesion de una sola doctrina? Grande fué, ya lo sabemos, la ambicion de los antiguos filósofos; mas no llegó á tanto su frenesí, que expidiesen á sus discípulos un diploma dogmatizador para el mundo. Mas Jesucristo sin aparato, sin controversia, sin pretensiones, encadena con una sola palabra la razon de la humanidad, y fijando los atributos del orador sagrado, dió por teatro á la elocuencia religiosa cuanto el mundo contiene de polo á polo, y por oyentes á sus ministros todas las generaciones, y por duracion al imperio de la palabra divina todos los siglos.”<sup>1</sup>

De esta manera hemos visto perfeccionado el individuo, santificada la familia, afirmada la sociedad, civilizado el mundo, por la predicacion evangélica: tales son sus efectos.

Hai mas: el orador, el mismo ministro que la anuncia, reporta un inmenso cúmulo de bienes por el solo ejercicio de su predicacion. “El hombre, dice el Sabio, se saciará con muchos bienes del fruto mismo de sus labios. En efecto, cuando un ministro de la Iglesia toma la tribuna sagrada para ser el órgano de Dios y del hombre, es necesario que esté penetrado íntima y profundamente de lo mismo que va á predicar:

<sup>1</sup> Tomado literalmente de nuestra “Disertacion sobre la elocuencia religiosa.”

es preciso que anticipe, digámoslo así, en su entendimiento y en su corazon los efectos de sus palabras; es preciso que esté instruido ántes de instruir, que esté santificado, por lo ménos en el deseo, ántes de santificar. Y cuando habiendo predicado ya, empieza á observar los maravillosos efectos de su solícitud y de su celo, es preciso tambien que reporte sobre su corazon la edificacion y los inocentes goces de tanta maravilla. Esto es tan palmario, tan claro, tan obvio, y se halla de tal suerte indicado por la misma naturaleza de las cosas, que no habemos menester por cierto de perdernos en desarrollos para demostrar y exponer esta verdad.

## ARTICULO SEGUNDO.

### CUALIDADES DEL PREDICADOR.

Mision legítima, aptitud competente, grande humildad, fin santo, celo apostólico y vida edificante: he aquí sustancialmente las cualidades con que debe aparecer el ministro de la palabra en la cátedra evangélica. Sin mision, habla solo el hombre; mas la palabra humana no es palabra de verdad, no es camino de salud, no es elemento de vida. Ya hemos visto que la predicacion es una institucion divina y no un hecho social, es el desempeño de una mision y no el ejercicio de un talento, es un poder de gracia y de verdad y no un influjo humano; que la mision del predicador se halla terminantemente consignada en las sagradas letras, numerada entre los grandes objetos de la institucion divina de la Iglesia, comunicada con el orden respectivo, ejercida con la debida jurisdiccion. Coligese de aquí que sin mision legítima nadie tiene el derecho de predicar; y como fuera de la Iglesia católica no hai mision legítima, solo sus sacerdotes tienen un título divino para predicar á las naciones la palabra de Dios. El sacerdote, pues, debe tener la conciencia de su mision y la legitimidad de su mision; debe ser instituido, enviado y autorizado. El que simplemente se acaba de ordenar, tiene el primer requisito, pero no los otros dos. El que además del orden ha sido señalado por su Obispo para ejercer su ministerio en cierto lugar, tiene el primero y el segundo; mas el que además de lo dicho ha obtenido de su prelado las licencias necesarias para ejercer el ministerio, tiene todos los requisitos fundamentales y consiguientes contenidos en la legitimidad de la mision. Lo ex-



puesto es mas que suficiente á este propósito: hablemos pues de los otros deberes relativos á este capítulo.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### APTITUD COMPETENTE.

La aptitud consiste en la provision suficiente de entendimiento y doctrina para predicar con provecho la palabra de Dios. El solo hecho de ser sacerdote no prueba la aptitud competente para ejercer la predicacion. Hai varios ministerios en la Iglesia, y no todos los sacerdotes son igualmente á propósito para todos los ministerios. San Pablo nos advierte que unos han sido particularmente dotados para unas funciones, y otros para otras. He aquí por qué los obispos tienen que distribuir los cargos segun las aptitudes. Para evitar las dificultades que podrian sobrevenir del juicio individual de cada uno acerca de su aptitud, la Iglesia estableció la institucion de los sinodos, que sirven para calificar las aptitudes, y son una condicion previa para dar las licencias. El que tiene pues las necesarias para predicar, puede ya sin inquietarse en la conciencia ejercer este ministerio sagrado. Pero le resta una calificacion que hacer, la de su aptitud relativa. La oratoria sagrada tiene, como á su tiempo veremos, diversos géneros de discursos. Es pues indispensable que el predicador, ensayando sus fuerzas con el consejo de sabios y piadosos directores, no se comprometa jamas á predicar sino solo en aquellos géneros en que pueda hacerlo con edificacion y provecho.

### CAPÍTULO SEGUNDO.

#### HUMILDAD.

Nada nos parece tan edificante y tierno sobre este punto como los consejos dados por San Francisco Javier al Padre Gaspar Berzeo de la Compañia de Jesus. Estas sábias maximas debian meditarse noche y dia por los que aspiran á la gloria de Dios y á su propio bien espiritual con el ejercicio de este ministerio sublime. Nosotros, llenos de respeto y veneracion á tan gran Santo, á tan insigne apóstol, las trascribimos recomendándolas con todo encarecimiento principalmente á los eclesiásticos.

“Ante todas las cosas dedicao con empeño á tomar ocasion del buen suceso de vuestras instrucciones para habituaros mas y mas, conociendo claramente que nada de esto os pertenece. Sed pues fiel en referir toda la alabanza á Dios, único autor de vuestro talento y ciencia, cualquiera que sea, y de todo el provecho que saquen vuestros oyentes. Todavía mas: debéis reconocer que vuestros mismos oyentes son los que alcanzan para vuestros sermones el fruto que se admira, porque podéis y debéis creer que movido Dios de la devocion de este buen pueblo, que busca con tanto ardor la ciencia de la religion y de la salvacion, os da, aunque seais indigno, las luces y fuerzas para enseñarlos como conviene y corresponder á sus ardientes deseos. Por tanto no debéis ser á vuestros propios ojos mas que el ministro de un beneficio que de ningun modo viene de vos, supuesto que la claridad y la fuerza con que anunciáis la palabra divina, así como los sentimientos que produce en vuestros oyentes y la docilidad que les infunde, son dones de Dios, concedidos no á vuestros méritos, sino á las oraciones de la Iglesia y á la piedad del pueblo. Y este debe ser un motivo mas para que améis á este pueblo en agradecimiento de que el Señor por consideracion á él os comunica la ciencia y elocuencia cristianas; porque si contaseis entre vuestras riquezas el don de anunciar bien la divina palabra, seriais injusto é ingrato para con el pueblo que os ha alcanzado dicho don, y en favor del cual se os ha otorgado.”

“Además es preciso os persuadáis de que el fruto de vuestros afanes es efecto de las oraciones que no cesan de elevar á Dios los miembros de la Compañia de Jesus esparcidos por el universo en favor de sus hermanos ocupados en recoger la mies evangélica, y que como oran con ardiente caridad y con una humildad profunda, consiguen que Dios se digne de valerse de los hijos de la Compañia para procurar su gloria y la salud de las almas. Si se graba bien esta idea en lo hondo de vuestro corazon, no os harán vacilar los aplausos ni las las alabanzas, sino ántes cuanto mas os ensalcen, mas os abatiréis, sabiendo con certeza que algun dia responderéis estrechamente del don que se os ha confiado de vuestra cuenta y riesgo para provecho de los demas: temblaréis reflexionando que en la dispensacion de este don precioso nada os pertenece en propiedad excepto las muchas faltas de imprudencia, negligencia é ingratitud para con Dios que os le ha dado, para con el pueblo en cuya utilidad se os ha dado. ....

“Tambien os será mui ventajoso comparar el fruto actual



de vuestros sermones, cualquiera que sea, con el mui mas abundante que cogeriais si no impidiese vuestra culpa: por lo cual debéis hacer las mayores instancias á Dios para alcanzar que os manifieste con un vivo rayo de la luz celestial cuantos obstáculos ponéis á las operaciones de la divina bondad en vos por vuestras culpas y pecados diarios...

“Os conjuro pues por el amor que tenéis á Dios, . . . que os entreguéis sin intermision á estos ejercicios del menosprecio de vos mismo; porque si llegarais á descuidarlos ó interrumpirlos (lo que Dios no quiera,) lo temeria yo todo por la salvacion en vuestra alma. Recordad cuantas veces habeis oido hablar y cuantas habeis sido testigo por vuestros propios ojos de la triste caida de muchos, que despues de predicar á los otros se han hecho réprobos solamente porque les faltaba la humildad. ¡Ah! os lo digo y os lo repito, tened cuidado de no aumentar el número de estos. ¡Ojalá tengais siempre á la vista tan deplorables ejemplos!”

“Despues de haber visto unas caidas tan lamentables ¿podréis no sobrecojeros de espanto y no sentir vivamente la necesidad de tener bajos sentimientos de vos mismo? Sondead pues atentamente vuestro corazon, y daos cuenta fiel de vuestros motivos y deseos.....”

“Fijad estos sentimientos en vuestro corazon, y cuidad de que no penetre jamas en vuestra alma la idea de preferiros á aquellos hermanos nuestros que ejercen en nuestras casas los oficios temporales, aunque sean los mas bajos. El demonio os dirá que son personas incapaces de las cosas mas grandes, y buenos solamente para oficios innobles. Pero estad firmemente persuadidos que de ellos viene lo que se admira en vos, y que ellos son los que desempeñando sus cargos con la mira de Dios, y sirviendo al Señor con simplicidad y devocion, atraen sobre vuestro ministerio las gracias que le dan tanta fecundidad. Penetrado de estas reflexiones no despreciaréis nunca á vuestros hermanos; al contrario los amaréis, los respetaréis y os rebajaréis interiormente mucho mas que ellos: así caminaréis á pasos agigantados por las sendas de la perfeccion.”

### CAPÍTULO TERCERO.

#### SANTIDAD DEL FIN.

La intencion del predicador debe no solamente ser pura, sino tambien ilustrada y certera. No basta predicar para la gloria de Dios; sino que es además necesario predicar de modo que esta gloria se haga visible en la mejora espiritual del auditorio. Para esto es necesario ante todo proponerse un fin bueno y proporcionar á su logro la predicacion. Oigámos lo que el Obispo de Belley refiere en el libro titulado: “Espiritu de San Francisco de Sales.”

“Habia predicado un sermón á las religiosas de la Visitacion, porque como tenia un zelo tan ardiente por mi bien espiritual, no me perdonaba nada. Me preguntó pues cuál habia sido el fin de mi sermón. Quedéme un poco sorprendido; pero al cabo le dije que habia tenido intencion de mover aquellas buenas religiosas á ser fieles y puntuales en la observancia de su instituto; y que yo habia creido que era un buen medio para eso elogiarles mucho su instituto. Mas no solamente censuró este medio, segun he dicho antes, sino que me hizo notar que yo no habia reducido todo mi discurso á este fin, y al contrario, parecia que mi objeto no habia sido otro que recoger flores y quemar incienso.”

“Otras muchas veces me preguntó, despues de oirme, cuál habia sido el fin particular de mi sermón, y me decia francamente si le habia conseguido ó no.”

“Me recomendaba á menudo que no me limitara al designio general de convertir á los pecadores y santificar á los justos, sino que al subir al púlpito tuviera siempre un fin particular, por ejemplo explicar algun misterio, aclarar un punto de la fe, combatir un vicio, enseñar una virtud, promover el ejercicio de una buena obra.”

“No puede V. creer hasta qué grado es importante este consejo, y cuántos sermones bien trabajados y estudiados son inútiles por falta de enderezarse á un fin particular. Hai predicadores cuyos sermones están llenos de buenos y saludables documentos; pero no insisten bastante en cada uno, y las verdades que anuncian se sofocan unas á otras por su muchedumbre y variedad: se parecen á la semilla que aprovecha poco cuando se siembra mui espesa.”



Pero cuando no se lleva mas que un fin, y todas las razones y afectos hieren allí, es mucho mas fuerte la impresion y capaz de ablandar los corazones mas duros."

"Los abejorros que andan revoloteando por todas las flores, no sacan miel; pero la abeja no hace así, sino que se detiene en cada una el tiempo necesario para sacar bien el jugo. Si sigue V. esta máxima, hará mui fructuosos sus sermones, y será uno de los fieles dispensadores de la palabra de vida."

"Decíame tambien el Santo que despues de clamar enérgicamente contra un vicio era preciso enseñar la práctica de la virtud contraria; porque todo predicador es enviado como el profeta Jeremías, y puesto sobre los pueblos, para arrancar y destruir, y luego para plantar y edificar."

"Por último me recomendaba que me dedicase principalmente á persuadir y mover; porque así como los maestros de la vida espiritual enseñan que en la oracion no se ha de gastar demasiado tiempo en discursos y razonamientos, sino darse principalmente á los afectos del corazón, del mismo modo en la predicacion ha de ponerse mas bien la mira en mover el corazón que en ilustrar el entendimiento: no sin duda porque haya de omitirse la instruccion, que es una parte principal de la predicacion, sino porque el predicador debe tirar mas bien á hacer buenos á sus oyentes que doctos, imitando al sol que produce mas efectos con su calor que con su luz."

"Al otro dia de haber predicado á las religiosas de la Visitacion me hizo predicar el Santo á las monjas de Santa Clara, que hacen una vida mui ejemplar y observan una austeridad pasmosa. La concurrencia no fué menor que el dia ántes, y tambien asistió el santo prelado. Yo me guardé mui bien de dar en el escollo que me habia manifestado, y dije un discurso mui sencillo en ideas y en expresiones, poniendo únicamente la mira en la edificacion. Procedí con mucho orden é insté bien en la materia."

"A la vuelta vino el Santo á verme á mi habitacion que era la suya (porque siempre que yo le visitaba me la cedia), y abrazándome cariñosamente me dijo, "En verdad que ayer le amaba á V. mucho; pero hoy le amo mas: V. es segun mi corazón, y si no me equivoco, tambien segun el de Dios, y creo que ha tenido por aceptable el sacrificio de V. No creía yo que era V. tan dócil y condescendiente. Cierto; *el varon obediente contará victorias*:<sup>1</sup> V. se ha venci-

<sup>1</sup> Vir obediens loquetur victoriam (Porv. XXI, 28.)

do hoy á sí mismo. ¡Sabe V. que los mas de los oyentes decian: todos los dias no son iguales: y que no iban tan contentos como ayer, y que el que ayer no estaba satisfecho, lo está hoy extraordinariamente? Aquí le traigo á V. un jubileo general por todas sus culpas pasadas. V. ha obrado hoy enteramente á mi gusto, y si continúa, prestará mucho servicio al señor de la viña. No se le dé á V. cuidado de los hombres: casi ninguno entiende de esto, y los hace hablar la prudencia de los hijos del siglo: los hijos de la luz deben seguir otras máximas."

"La predicacion no ha de fundarse en palabras é ideas de la sabiduria humana. Siga V. fielmente esta conducta, y Dios hará sus tareas honrosas y cumplidas: será V. prudente en la palabra mística, y poseerá la ciencia de los santos, la ciencia que hace los santos. ¡Y qué queremos saber nosotros sino á Jesus y Jesus crucificado?"

#### CAPÍTULO CUARTO.

##### CELO APOSTÓLICO.

No basta que el predicador haya rectificado su intencion; es necesario que se apasione, digámoslo así, de su santo ministerio, que comprenda cuánto vale para Dios y para él mismo la difusion de la caridad por toda la tierra: es preciso que tenga celo, esta virtud heroica que viene á ser como el sello del Apostolado. Consiste el celo en un ardentísimo deseo de hacer amar á Dios, y de salvar á sus hermanos, en una santa pasion de dilatar el reino de Jesucristo en todas las almas. El modelo mas perfecto de este ardor celestial por la santificacion del mundo es Jesucristo: todo lo olvidaba ante una herida abierta, ante una llaga incurable, ante una necesidad estrecha del corazón: dejaba las noventa y nueve ovejas que tenia seguras para ir en pos de la oveja perdida, traerla en sus hombros y volverla al redil. La gloria de su Padre y la salvacion de los hombres; he aquí el tema de sus discursos, el objeto de su predicacion, el espíritu de su ministerio y el blanco de todas sus acciones. A ejemplo de este divino modelo decia San Pablo á los Tesalonicenses: "Queríamos con un vehemente deseo traer á vosotros no solamente el Evangelio sino hasta nuestras mismas almas."<sup>1</sup> "Gustosísimo expenderé cuanto tengo, y aun

<sup>1</sup> 1.ª Thessalon. cap. II. v. 8.



me entregaré á mí mismo, por la salud de vuestras almas,"<sup>1</sup> dijo el en otra ocasion á los fieles de Corinto.

"Así es que, dice un piadoso y sabio escritor, el que se destina á este ministerio debe tener tanta sed de la gloria de Dios y salvacion de los hombres, cuanta ni el mas avaro, de las riquezas; ni el mas ambicioso, de las honras; ni ningun general, de la victoria y triunfo de sus enemigos. Porque este ardentísimo deseo, que proviene de la raiz de la caridad, es tan propio de los predicadores evangélicos, y tan necesario para cumplir con su oficio, que en mi dictámen aquel que esté destituido de este ardor y deseo, hará bien en no emprender este oficio."

"En este deseo se abrazaba aquella santa muger del Apocalipsis<sup>2</sup> que se congojaba por parir; porque tenia tan vivos deseos de parir hijos para su Esposo, que no temia pasar por todos los tormentos del cuerpo y por todos los castigos de los tiranos, con tal que diese á luz á su celestial Esposo esta generacion espiritual. De estos vehementes deseos de ganar almas á Dios fué figura Raquel, tan deseosa de tener hijos, que dijo á Jacob, su marido:<sup>3</sup> "Dame hijos; que si no, me moriré." Finalmente, el rei David ¡con cuánto celo de la salud de las almas se abrazaba, con cuán agudo sentimiento de dolor lloraba su muerte y ruina, diciendo<sup>4</sup> "VÍ á los que quebrantaban tu lei, y me consumia, porque no guardaban, Señor, tus mandamientos; y:<sup>5</sup> "El celo de tu casa me come, y los oprobios de los que te ofenden cayeron sobre mí?" En cuyas palabras nos da á entender el Santo Rei, que no ménos le atormentaban las ofensas que hacian los hombres á Dios, que si le hicieran á él mismo los mayores oprobios é ignominias."

Fuera de esto, el Apóstol, ¡en cuántos lugares manifiesta el deseo, el celo y la caridad de su corazon?<sup>6</sup> "Quién enferma, dice, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?" Y á los de Galacia:<sup>7</sup> "Hijitos míos, por quienes otra vez siento dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros." Esto es, herido de nuevo con el grande dolor de vuestra perdicion, me dispongo con gran celo y esfuerzo á pariros segunda vez y volveros á Cristo. De este fuego interior se desprendieron aquellas centellas de las siguientes palabras:<sup>8</sup> "Quisiera ahora hallarme entre vosotros y mudar de voz (esto es, transformarme en todas las figuras del orador), porque me confundo en vosotros."

(1) 2.<sup>a</sup> Corint. cap. XII. v. 15.—(2) Apoc. 12.—(3) Gen. 30.—(4) Ps. 118.—(5) Ps. 68.—(6) Corinth. 11.—(7) Galat. 4.—(8) Ibid.

Que es decir, porque estoi falto de consejo, y lleno de tristeza y congoja, y no sé á dónde volverme ni qué consejo tomar. ¡Y con qué dolor, con qué lágrimas testifica él mismo haber escrito la primera carta á los de Corinto,<sup>1</sup> por haber entendido que se habian apartado de la sencillez del Evangelio! Mas ¡qué nos dan á entender aquellas palabras del mismo.<sup>2</sup> Todo lo aguanto por los escogidos, para que aquellos logren tambien la salvacion;" y las otras:<sup>3</sup> "Me he hecho un todo para todas, para salvar á todos?"

"Esta buena intencion, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana, es el principal maestro de este oficio. Ni las escuelas todas de los retóricos, ni todos sus preceptos, podrán ayudar tanto para hacer bien este oficio, como este divino ardor. Porque este afecto, por sí solo, que es como la mente y alma de este artificio, da al predicador casi todo lo que ha menester. Este enseña á despreciar todo aquello que mas sirve para deleitar á los oídos con el sonido armonioso de las palabras y agudeza de los conceptos, que para instruir y dar salud á las almas. Este divino ardor obliga á buscar todos los modos de persuadir y mover al corazon, y á asestar todas las máquinas á los entendimientos de los oyentes, para infundirles el temor de Dios, y moverlos al aborrecimiento del pecado y de la mala vida. Este, cuando se ofrece la ocasion, mueve afectos poderosos, da admirables documentos para vivir bien, levanta con la acrimonia y energía los ánimos descaecidos de los oyentes, y despierta á los dormidos. Este exclama, arguye, ruega, reprende, espanta, se pasma, se admira, y se transforma en todos los afectos y figuras del decir. Resuscita los muertos, habla á los ausentes, implora el auxilio de Dios, mezcla cielos, tierra, mares; y como arrebatado de un furor profético, exclama:<sup>4</sup> "Tierra, tierra, oye el sermón de Dios;" y<sup>5</sup> "pasmaos, cielos, en esta desventura: desquiciáos, puertas del cielo;" y<sup>6</sup> "raza perversa y depravada: ¡así correspondes al Señor, pueblo necio é insensato?"

"Estas expresiones y otras muchas inspira este ardentísimo deseo al ánimo del predicador, que á veces está que no coge en sí, y parece que está para reventar, cuando ve la religion despreciada, los vicios dominantes, los entendimientos ciegos, los pechos endurecidos é insensibles, y contempla el peligro extremo de las almas. Así no hai piedra que no mueva, ni deja cosa que no intente, para sacar

(1) Corif. 2.—(2) 1.<sup>o</sup> Timoth. 2.—(3) 2.<sup>o</sup> Corinth. 9.—(4) Jerem. 23.—(5) Ibid. 2.—(6) Deut. 32.



á los hombres de la misma garganta del dragon, y librarlos de la eterna ruina que les amenaza. Tan grande es la fuerza y el poder de este ardor, que solamente puede mover é inflamar aquel celestial espíritu. Por tanto, no sin razon dijimos ser este el maestro principal de esta obra y artificio. Este es aquel espíritu de los valerosos, que como un torbellino bate una pared; esto es, rompe y hace temblar los pechos, por mas que endurecidos con la vieja costumbre de pecar. Esta es aquella voz del Señor que hace rajas los cedros, que apaga la llama del fuego, que hace parir de miedo á las ciervas, y que rompe finalmente por todo lo que se le resiste. Esta voz pues, este ánimo, este ardiente y concitado deseo, debe tener cualquiera que se dispone á ejercer dignamente este profético y apostólico ministerio. Por lo cual, preguntando un varon piadoso que comenzaba á predicar, á un maestro consumado y de larga experiencia en este arte: ¿de qué necesitaba más, para ejercerla con acierto? “Nada mas, respondió él, sino que el predicador esté abrasado en ferventísimo amor de nuestro Señor Jesucristo.”<sup>1</sup>

Para conseguir este celo, es necesario: primero trabajar incessantemente por adquirir mas y mas el amor de Dios y los hombres; segundo, pedirlo constantemente á Dios con oraciones fervorosas como un don de su espíritu; tercero, tener una gran discrecion para no confundirle con el falso celo. Es necesario guardarse de tener por celo un movimiento natural que nos hace desear el buen éxito de cuanto emprendemos ó estamos encargados. Dos caracteres distinguen el verdadero celo; la caridad, que es su principio y la prudencia que es su regla: así pues, el celo verdadero ama tiernamente á los pecadores, siente de continuo gran compasión para con ellos, y nunca el arrebato de la cólera. Los atrae por los encantos de la dulzura, les hace sentir toda la felicidad que conseguirán volviendo á su deber: El verdadero celo no se improvisa desatinadamente ni con relacion al tiempo, ni en orden á las personas; sino que al contrario está en acecho de las oportunidades, y sabe aprovechar las circunstancias mas favorables para decir ciertas verdades ó acometer ciertas empresas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> FR. LUIS DE GRANADA. Retórica eclesiástica. Lib. primero, cap. VII.

<sup>2</sup> Véase á Hamon en su obra titulada Traité de la predication. Part. 1.ª, lib. 1.º, art. 5.

## CAPÍTULO QUINTO.

VIDA EDIFICANTE.

“Si tal es, dice Frai Luis de Granada, la dignidad y magestad de este oficio, que tiene por su príncipe y autor al mismo Hijo de Dios, y el predicador es su enviado en la tierra; ¿cuál convendrá que sea la pureza é integridad del que es destinado para tan alto empleo? Verdaderamente ni la naturaleza de las cosas sufre que se oscurezca la vida del orador en el esplendor de tan alta dignidad; sino que se requiere que anden á porfia la limpieza é integridad de la vida con la dignidad del ministerio. Por lo que, enviando el Señor al Profeta Jeremías á corregir las malas costumbres de su pueblo, le santificó estando aun escondido en el vientre de su madre y ántes de salir á luz. Y así mismo purificó los labios de Isaías de toda mancha de impureza y de pecado, por medio de un querubin que fué volando hácia él, y con el fuego celestial que este tomó del altar de Dios, para que como idóneo ministro suyo reprendiera los vicios de un pueblo malvado y rebelde. ¿Qué diré de los apóstoles, á quienes en el día de Pentecostés llenó el Señor de tanta gracia del divino espíritu, para formarlos buenos maestros de la doctrina evangélica? ¿Qué de Pablo, á quien no solo llenó del propio espíritu, sino que le levantó hasta el tercer cielo para que aprendiera entre los ángeles lo que despues había de enseñar entre los hombres?”

“Si traemos á la memoria los anales y aumentos de la Iglesia, halláremos que se ha aumentado y enriquecido mucho mas con los ejemplos de los hombres santos, que con las palabras de los sabios. ¿De cuántos monjes, que vivían en la tierra como ángeles, fué padre del rudo Antonio? Por él se dicen aquellas palabras de San Agustín, <sup>1</sup> Levántanse los indoctos, y nos arrebatan el cielo; y nosotros con nuestra ciencia nos estamos aquí revolcando en la carne y en la sangre.” ¿Qué diré tambien de Francisco, que sin letras puso en el paraíso de la Iglesia tantos planteles de virtudes, más con ejemplos de santidad, que con elegantes palabras? ¿Qué de aquel Simeon, llamado el Estilita, cuya vida escribió su coetáneo y familiar amigo Teodoreto, quien destituido de todas letras, y puesto sobre una columna, convirtió á

<sup>1</sup> Lib 8. Conf.



innumerables de la idolatría á la fe de Cristo, con los ejemplos de su admirable vida? También Santa Catalina de Sena, vecina á nuestros tiempos, con ser muger y sin letras, convirtió á tantos de una vida desarreglada, á la piedad y justicia, que cuatro confesores que de continuo la asistían con permiso del sumo pontífice Gregorio XI, apenas tenían tiempo para reposar oyendo las confesiones de aquellos que la santa reducía al amor de la virtud y justicia, más con el esplendor de su vida que con su doctrina."

"¿Pero qué necesidad hai de tantos argumentos para probar una cosa tan manifiesta, cuando los mismos retóricos definen así al orador. "Un varon bueno, diestro en hablar?" Porque si el orador que trata de las servidumbres de las casas, y de que se vuelva un depósito; para ser creído de los jueces, ha de ser varon justo, y se busca mas en él la probidad de la vida que la inteligencia del arte; ¿qué dirémos de un predicador cuyo total cuidado y oficio consiste en mover á los hombres al odio de los vicios y al amor de las virtudes, mas con sus obras que con sus palabras? Pues con mucha razon se dijo. <sup>1</sup> ¿A quién limpiará un sucio?"

"Todo esto nos hace conocer cuál sea el motivo porqué en nuestro siglo, resonando continuamente casi todos los templos con las voces y clamores de los predicadores, vemos tan poca enmienda en las costumbres y tan pocas conversiones. Pues siendo la palabra de Dios fuego, y como un martillo que quebranta las piedras; si este fuego no abraza los pechos helados, y este martillo no ablanda los corazones de hierro, ¿cuál puede ser la causa, sino que este negocio se trata mas con palabras que con ejemplos; mas con letras, que con lamentos; mas con el estudio de la elocuencia, que con piadosas oraciones; mas con el cuidado de adquirir aplausos, que de desterrar vicios; y finalmente, con mayor ansia de hacer su nombre célebre, que de conseguir la gloria del Altísimo y la salud de las almas? Y esto ¿qué otra cosa es sino enterrar el talento, cuando vemos que el ministerio que se les ha cometido, no le enderezan á la gloria de Dios y salvacion de los hombres, sino á las conveniencias é intereses temporales: esto es, para vivir con mas anchura y regalo, para conseguir un puesto de mas honrosa dignidad, para ganar estima y nombre en el pueblo, y para percibir mas pingües rentas de la Iglesia? Cuando vamos con tanto anhelo tras de estas cosas, ó tenemos en poco la gloria de Dios y salvacion de las almas, ó la ponemos en el ínfimo lugar. Pero bien claramente dió á enten-

<sup>1</sup> Eccli. 34.

der el real Profeta cómo se habrá Dios con semejantes operaciones, cuando dice en un salmo: <sup>1</sup> ¿Cómo te atreves, pecador, á predicar mis leyes, y á tomar mis palabras en tu boca?" y lo demas que se sigue. Todos estos pertenecen á la suerte de aquellos de quienes dijo el Salvador en el Evangelio: <sup>2</sup> "Dicen y no hacen: imponen cargas pesadas é insoportables, y no quieren tocarlas con su dedo."<sup>3</sup>

### ARTICULO TERCERO.

#### DEBERES DEL PREDICADOR.

El predicador ha menester ante todo tener la conciencia de su deber; porque de otra suerte no conseguirá nunca recoger los frutos de la noble y santa mision que le ha confiado Jesucristo. Estos deberes aparecen implícita y maravillosamente contenidos en las mismas palabras que le sirven de título para presentarse ante los pueblos, como el enviado de Dios para anunciar sus oráculos, explicar su lei y difundir su gracia. "Id," les dijo Jesucristo: he aquí la mision. Cualquiera que, correspondiendo á este llamado, recibe la imposicion de las manos y se inscribe en el gran registro del sacerdocio católico, dice con solo este hecho, "iré." *Id*: he aquí el llamado: *iré*; he aquí la aceptacion. Aceptar la mision de Jesucristo es lo mismo que someterse sin restriccion de ningun género á los deberes que este llamado impone. Veamos pues cuáles son estos deberes. Ellos miran en primer lugar al ejercicio del ministerio, y se derivan de esta palabra; *predicad*: he aquí el primero de los deberes. Pero Jesucristo quiere, no solo que se predique, sino que se predique su palabra; y por lo mismo, no contento con imponer la obligacion de predicar, añadió esta palabra *el Evangelio*. El segundo pues, de los deberes del predicador concierne á la naturaleza de su predicacion. No basta todavía esto: podria ser mui bien que el predicador enviado y provisto, se creyese libre para elegir auditorio ó teatro. Mas no debia ser así: Jesucristo vino á salvar al mundo, y en este mismo sentido instituyó el ministerio apostólico. He aquí porqué, no satisfecho con mandar que se predicase el Evangelio, añadió estas palabras: *á toda creatura*: El tercer deber del predicador mira pues al audito-

<sup>1</sup> Ps. XLIX.—(2) Matth. 53.—(3) Retórica eclesiástica, Lib. primero, cap. VI.